

personas apresuradas que huyen del calor de la calle, visiones fugaces que desaparecieron por culpa del resaca. La goma del balón y la parte metálica de su pierna derecha escayolada, establecieron un ritmo de percusión. Hizo también de calor y alargamiento. El sombrero de estierpe le protegía, pero hacía bajar por su frente gotas de sudor que el escudo de voz en cuando, ahuyentaba.

“Es un día agobiante... un día de infierno”, pensaba el hombre.

Después de haber recorrido algunas manzanas procurando naturalmente siempre el resguardo de la sombra, emprendió, como todos los días, el regreso a su casa.

Un perro en collar, vulgar y feo, le auxilió al salir inesperadamente de una manzana. Alargó el balón para ahuyentarlo, y el perro cambió de dirección, cruzando la calle. A su vez, el hombre se dispuso a cruzarla. Fijó a ambos lados, naturalmente, pues no podía ningún vehículo. Apuró el balón en el caliente asfalto y adelantó una pierna, pero el balón permaneció rígido en el mismo punto y con la faja perder el equilibrio. El hombre juró entre dientes. Fijó de él. Estaba tan fijo en el retendimiento aludido. Escó de la escena, sintiendo como la guarda metálica de la pierna se hundía también en la pedruzca mojada.

“¡Maldita sea, esto de ser inútil!”, dijo en voz alta.

Apoyándose en su pierna sana hizo presión con el pie. Pero el hierro se había clavado rigidamente y parecía no querer salir de allí. Se auxilió con las manos, tirando de la escayola y, a cada intento la cara se le ponía más colorada, después se dio cuenta de que el zapato también se había hundido un poco, privando a la pierna sana de movimiento.

Comprendió que se había clavado en el asfalto, en posibilidad de salir, a no ser que recibiese ayuda.

Fijó a ambos lados de la calle pero no podía nada.

“¿Tendré que esperar...”

Había transcurrido una hora y el hombre continuaba en su prisión. La calle seguía silenciosa. En una ocasión creyó ver a alguien, después comprendió que se trataba del perro que el mismo

había espantado momentos antes.

Había hecho algunos intentos para desahucarse de la negra jeta, sin resultado. Ahora esperaba, simplemente. Todo no pasa por escape -pensaba-; quizás no pueda a pensar a estas horas?... Aunque la culpa no es mía... el aludido no debería detenerse por mucho calor que haga. Por lo menos, no de esta forma. Pero, fuera como fuera, estaba allí encerrado y tenía que salir.

Fijó hacia sus pies. La guarda de hierro se había hundido más y la escayola mojada al asfalto. La otra pierna también había descendido; el zapato comenzaba a desaparecer. El calor continuaba siendo insuperable y el sol brillaba con una intensidad asombrosa. El hombre miraba de vez en cuando hacia las ventanas cercanas a su alrededor, intentando ver a alguien que pudiera auxiliarle. Pero las ventanas estaban cerradas. Descubrió finalmente al perro, no muy lejos de él. El hombre alzó y el perro se detuvo, interesado; el hombre fijó sus ojos en los alrededores del animal, que le observaban atentos.

“¡No...”

El perro, inesperadamente, dejó de prestarle atención y emprendiendo un trote corto desapareció, definitivamente, detrás de una manzana.

Entre las cuatro de la tarde. El asfalto seguía seguramente por el momento de mayor calentamiento. Los pies del hombre se habían hundido más y estaban casi enterrados. Por fin, después de otra media hora, vio a un hombre que se dirigía hacia él. Al descubrirlo le llamó con todas sus fuerzas.

“¡ venga, por favor, venga!”, le hizo señas con la mano; estoy prisionero en el asfalto, ayúdame a salir, por favor...”

El otro se acercó despacio, mirando extrañado, como si no entendiese lo que le decía. Cuando estuvo más cerca, el hombre comprendió que se trataba de un viejo de unos setenta años, con el pelo gris y una barbita del mismo color. Sus ropas eran blancas y estaban muy usadas.

“¡Ora, mire lo que me ha pasado! ¡No he quedado pagado en el aludido y no puedo moverme... ¿Cómo se

avante de echarme una mano?”

“¿Una mano? Sí... por supuesto. Pero no se si podrá. Estoy bastante débil, ¿verdad?... Pero, ¿por qué no?”

Se acercó a él y se colocó a su lado.

“¿Cuándo se haga así... (se pagará también)”

“¿Pagaré?” -contestó al viejo-. Oh, no, no se preocupe yo pago muy poco.

Debía de pesar muy poco, efectivamente, los huesos de la espalda se le clavaban en la chaqueta y sus piernas sobresalían, rodeadas de trozos pelillos.

“Vámonos a ver... ¡oh!, tiene una pierna escayolada. ¿Qué le parece si intento tirar de ella? No parece que será la mejor forma.

Los dos tiraron del uno. El cuerpo del anciano temblaba por el esfuerzo y la cara del hombre volvió a ponerse roja, pero la pierna no se elevó ni un milímetro.

“No... no me parece que sea la mejor forma -el viejo pensaba-. ¿Qué qué voy a hacer?... Voy a ir a mi casa, y con la ayuda de mi nieto y una cuerda, probarémos de nuevo. Yo... va muy bien... ¡Vine aquí al lado y no tardaré ni cinco minutos!”

El viejo se alejó con pasos apresurados.

“¿Qué tanto te está en dejarlo partir -pensó el hombre-, le debía decirle que entrase a casa.”

Pasó el tiempo y el viejo no apareció. El hombre pensó si se habría olvidado a si vivía más lejos. Desconfiaba que volviese cuando, a lo lejos, creyó verlo. Sí, debería ser él. Pero mucho antes de llegar, se dio cuenta que el viejo había marchado en dirección contraria.

Las piernas, ahora, se le habían dormido y las plantas de los pies estaban llenas de hormigas.

“Es horrible estar así... esperando a alguien que no pasa... Fue en ese momento cuando vio lo absurdo de su situación. Clavado en el asfalto... Era ridículo, una ridícula tontería. Muy bien podría llamarse Mickey, Guffy o Tom...”

El guarda apareció inesperadamente y el hombre lo vio, alto y fornido. Cuando estuvo a su lado

comenzó que era bajo y no muy galán, con la cara en forma de pera y cicatrices de alguna enfermedad antigua. La cosa no causó asombro alguno y su necesidad de salir.

-A lo mejor el llamamos a los bomberos, lo sacarán enseguida -le dijo el guardia- está demasiado huido en el asfalto para tirar de usted... Se rompen, ¿comprende? Creo que deberán cortar a su alrededor y extraerlo con todo el cuidado y después equitativo pero a poco... a algo así. Sí, señor, voy a por los bomberos, ¿le parece?

-Sí... Sí. Es una estupidez ideal. Pero por favor, dese prisa... estoy huido.

-No se preocupe, no se preocupe. Estará de vuelta en cinco minutos.

-Cinco minutos? El mismo tiempo que el viaje... Claro, qué un guardia no es un viejo cualquiera y los bomberos no se mueven con chapulines cuando se trata de salvar a alguien.

Frente a ellos se abrieron...

Vió a los niños. Habían los ojos cerrados, agitados por tanta calor y tanta espera. Al acercarse los chicos, los señores habían descubierto parte de la pierna y parte de la espalda. Los niños le miraban. Era un niño y se acordaban, vivían a esperar. Le miraban fijamente, serenos. Cuchicheaban entre ellos.

-¿Sí, señor?

La vida desapareció para volver al momento con tres niños más. El hombre volvió mirando colgando y una exclamación de silencio. ¿Qué estarían haciendo? Ciertamente, el espectáculo de un hombre clavado en el asfalto, el lado de un balón como una arena, no se veía todos los días. Pero los niños parecían mantener cierta precaución.

Uno de ellos, una niña de cinco o seis años, vestía sólo unas braguitas azules y la piel de todo su cuerpo estaba morena de sol. Era como un pequeño insecto marrón, con un lunar azul.

Por fin se partió. Todos se pararon. Habían llegado a un acuerdo con respecto al hombre.

En fila india se le acercaron, pegados a las cosas, y se detuvieron a cierta distancia. Las palabras no le hicieron daño. En realidad no entró

nada por su impaciencia, ni sólo contra los niños. Fue un desagrado interior que nunca había conocido.

-¿Dónde está el papito por cable?

-¿Dónde está el papito por cable?

-¿Dónde está el papito...?

El hombre dijo:

-¡Fuera! ¡Fueraaaa...!

El grito le salió sin proponérselo. Fue una especie de alarido con el que se produjo una catarsis liberadora que lo tranquilizó. Incluso al sol ya no calentaba tanto y tampoco se dio cuenta de que se había huido varios centímetros más.

eran dos jóvenes de unos veinte años. Uno con una guitarra, el otro con una lira.

El hombre los vio llegar hacia él. A unos quince metros lo descubrieron y se le acercaron.

-Señores, por favor... Vienen oportunamente. Miras, miras que me ha pasado... ¿verdad?... no puedo salir por mis propios medios. ¿Podrían ayudarme?

Los dos jóvenes se miraron y volvieron a mirar al hombre.

-¿Cuándo fue eso? ¿El cómo? ¿Dijo el de la guitarra.

El otro rió la broma, como una rata.

-No... no me has entendido: estoy prisionero, prisionero del asfalto! Se ha solidificado por el calor y no puedo salir. ¿Pueden ayudarme?... Por favor, señores...

-Seguramente a Louis Armstrong o Duke Ellington se les ocurriría algo. ¿Por qué no prueba?

-¿Sí... ¿por qué no?

-No se trata de ningún circo de música prueba, es la verdad. No puedo moverme... Dejen la guitarra, amigo, y ayudenme.

-Dejen las liras, sí.

El otro dejó las liras sobre el asfalto. El hombre, mecánicamente, levantó los libros. El hombre flaqueó. El Jardín de Epicuro, Pensamientos de Pascal, Un Flauto Falso...

El de la guitarra apoyó un pie en el libro de arriba y rasgó las cuerdas. Un acorde en tono menor y, después, una octava disminuida, que puso el contrapunto. La mano derecha estableció el ritmo. Un ritmo sincopado, duro. La mano izquierda recorrió el mástil de la guitarra

lentamente, con seguridad, introduciendo un principio melancólico y repetido.

-No... no me has entendido...

-¿Calla, imbécil, una vez que está huido?

Los acordes eran ahora declaratorios, incitadores de la improvisación. El joven cantó con voz de barítono:

*En el mundo no hay justicia
este hombre se pagó...*

...ah, ah, ah,

y se hundió pagado

*El asfalto pesa por su lado
de su lado se cayó*

...ah, ah, ah,

y en el asfalto murió...

...ah, ah, ah

¡Padre hombre desgraciado!

-¡Pero, pero...!

-¡Calla, imbécil!

¿Por qué no se acerca nadie?

¿Por qué nadie le hace caso?

¿Por qué su cara respiraba?

La melódica crecía en ritmo, insistente, pesada. El hombre tocaba y cantaba, con los ojos cerrados. Su compañero sonreía, admirado, en mirar al hombre, como en teatro.

¿Se está muriendo?

¿Se reclama por ayuda...

pero su calor es negro

-¡Bueno, bueno... bueno!

La música terminó con un gorgoteo agónico. Los jóvenes respiraron fondo. Recogieron las liras. El compositor recibió las felicitaciones del otro.

-¡Eres fenomenal!... Termina y preséntala a un concurso. Qué jazz, qué repique, qué patetismo!

Se elevaban.

El hombre los dijo:

-No... no, no se voy! Espera un momento!

-¡Señor... señor... ¿está bien?

Éra una voz, pero el hombre no podía oírlo ni verlo: se había quedado dormido. La voz se acercó y le tocó en el brazo.

-¿Está bien, señor?

El hombre dio un respingo.

